

Paradojas de la cultura occidental, androcentrismo y racionalidad crítica¹

M. ENGRACIA MARTÍN VALDUNCIEL

Universidad de Zaragoza

España

marien@unizar.es



Vallejo, Irene (2019).
El infinito en un junco.
La invención de los libros en el mundo antiguo.
Ed: Siruela.

En *El infinito en un junco, la invención de los libros en el mundo antiguo*, publicado por Siruela en 2019, se expone de forma sugerente la conformación de la cultura occidental de la que somos herederas y herederos. Su autora, Irene Vallejo, propone un seductor viaje a lo largo de varios siglos en el que, tomando como eje articulador del texto la historia de los libros, convoca a lectores y lectoras a un diálogo apasionante entre el pasado y el presente poniendo de manifiesto el valor explicativo de las humanidades. A mitad de camino entre ensayo y ficción, la escritora aragonesa logra con esta obra acercar al gran público nuestro pasado y las ideas que nos conforman. En un país que no se caracteriza por altos índices de lectura, es de destacar que *El Infinito...*,

un libro que trata de libros, autores y autoras, ideas o bibliotecas, haya suscitado interés y cosechado éxito y difusión.

Configuración y transmisión del saber: el objeto libro

De entrada, para los y las profesionales del mundo del saber y sus procesos de transmisión, una obra que trate de libros, autores/as y bibliotecas (que comenta, referencia y remite a otros libros en un círculo interminable, enciclopédico) suscita pasión, curiosidad e interés. No otra cosa le ocurrió a quien esto suscribe. La obra que comentamos es resultado de un doble desafío de Vallejo de forma que, sin faltar el rigor investigador, el desarrollo del texto se decanta por la seducción del relato. Escribe, como confiesa la escritora, una persona fascinada desde su infancia por el embrujo de las palabras, por el aura de los libros, por la fuerza de la voz y la presencia de tejedoras de historias (en su vida, como en tantas otras, esa presencia de la palabra fue canalizada por su propia madre). Como amante de los libros, que bebe de fuentes diversas, Irene Vallejo compone, a la postre, un libro de libros.

¹ Para citar este artículo: Martín Valdunciel, M. Engracia (2023). Paradojas de la cultura occidental, androcentrismo y racionalidad crítica (reseña). *Álabe* 27

Como buen ensayo/ficción de humanidades, *El infinito...* supone un reto pues, a través de la crónica del objeto “libro”, se recoge una amalgama inteligentemente expuesta de temas, historias, personajes y asuntos, como la transmisión oral de la cultura, los procesos de lectura y escritura, la historia de la alfabetización, el surgimiento y organización de las bibliotecas, las técnicas materiales para fijar las ideas, la memoria... En suma, la obra supone la crónica de la formación del conjunto de ideas y técnicas que nos han conformado como humanidad occidental. Irene Vallejo es capaz de conjugar saberes diversos que proceden de lo que ahora entenderíamos como disciplinas diferentes y específicas: historia, biblioteconomía, codicología, filología, periodismo, filosofía, educación, literatura, etc. Probablemente, impregnada del enciclopedismo de los humanistas, la escritora presenta y explica el origen de lo que se llama civilización occidental, las culturas que se desarrollaron en el Oriente Próximo, Grecia, Roma, etc., de las que somos sucesores y descendientes, centrando su atención en el hilo conductor del dispositivo “libro”, en sus diferentes soportes y formatos (piedra, arcilla, tabla, papiro, pergamino, códex, libro impreso, electrónico...). Un vehículo clave de fijación y transmisión del saber, de formas de ser y habitar el mundo. La autora despliega, sin duda, una gran capacidad para transmitir su fascinación por el proceso de invención y de materialización de las ideas, las múltiples formas de conservación y canalización del pensamiento, saberes, conocimientos o invenciones humanas gracias a un artefacto que ha sorteado múltiples avatares y peligros, tanto naturales como humanos, a lo largo de centenares de años.

Somos seres de relatos

Por qué leemos y por qué escribimos son preguntas que lectoras y escritores se plantean, nos planteamos, de forma habitual. Para responder a estas cuestiones, sin agotar, por supuesto, las causas, Vallejo apunta la necesidad que tenemos los seres humanos de explicarnos mediante cuentos y relatos, para afrontar sin enloquecer el caos que nos rodea, para arrancar sentido a nuestras vidas en particular y a la historia de la humanidad, en general; para organizar formas de convivencia, en definitiva.

La autora aragonesa, conocedora de la cultura clásica occidental, dialoga en *El infinito ...* con el pasado para narrarnos un relato que pone en relación situaciones del ayer con el hoy haciendo uso de recursos muy extendido en la literatura de divulgación anglosajona, como la mención e inclusión de circunstancias personales. Así, la escritora se mueve con una soltura envidiable entre diferentes periodos lo que se evidencia en la habilidad para seleccionar hilos conductores que permiten entender un *continuum* entre lo acontecido en el pasado a la humanidad y lo que nos ocurre a los sujetos que vivimos en sociedades del siglo XXI. En ese proceso, Vallejo pone de manifiesto no sólo la capacidad explicativa de las humanidades sino, y esto nos parece crucial, también, su necesidad clarificadora en un mundo de creciente presencia del dataísmo, de aumento de la tecnificación y robotización. Un logro nada baladí el de la autora –evidenciar la necesidad humana de explicaciones y relatos– en el contexto de sociedades tecnocráticas, como las que habitamos, que sacralizan el pragmatismo más chato o que asumen, imprudentemente, que determinados saberes pueden ser perfectamente prescindibles: como la filosofía, que nos permite pensar el mundo y plantearnos si podría ser de modo dife-

rente y de qué forma o en qué dirección podría cambiar; o la historia, que posibilita que seamos conscientes de dónde venimos y situarnos como sujetos o colectivos en horizontes de posibilidad; o la propia teoría feminista que pone delante de la sociedad un espejo que muestra la asimetría de posiciones y de poder entre varones y mujeres, plantea interrogantes y propone agendas políticas y sociales más justas e igualitarias. En definitiva, el pensamiento occidental –otra cosa es la historia real acontecida– ha ideado categorías inherentes al anhelo de una ética cívica, humanista e imprescindible cuya presencia resulta pertinente reivindicar actualmente en los tramos de la enseñanza obligatoria y también, en la formación especializada, en la enseñanza universitaria.

La escritora, en definitiva, ofrece un discurso atractivo y elaborado de un largo proceso de gestación de ideas y técnicas que se pudo datar, historizar, desde la invención de la escritura, hace aproximadamente seis mil años. A través de su narración puede entenderse la evolución humana y la materialización de una cultura en diferentes soportes como una suerte de prodigio en el que, al lado de protagonistas con nombre propio, se encuentran otros muchos seres anónimos relacionados con la oralidad, la copia, la conservación o la transmisión de la escritura, de los discursos, de los libros. La autora aragonesa entiende así la literatura, la escritura, la creación..., como una forma de estar en el mundo, como una posibilidad de ampliar el conocimiento para poder ensanchar nuestra perspectiva sobre la realidad. Percibimos, también, que para Irene Vallejo la cultura, en su más amplio sentido, puede ser entendida como antídoto frente a la intolerancia y el conocimiento de otras realidades comprenderse como condición para el respecto de la diferencia. Si bien, es verdad,

habría que recordar que, desafortunadamente, la cuestión es históricamente más compleja. Cabría señalar, por ejemplo, que el pueblo más culto de la Europa del primer tercio del siglo XX, Alemania, no resultó comprensivo ni tolerante con otras culturas, sino que, como es sabido, cobijó en su seno el huevo de la serpiente; son cuestiones y temas de gran calado que pensadores de la Escuela de Frankfurt pusieron de manifiesto en la primera mitad del siglo XX. Y otro tanto podríamos añadir respecto a las paradojas de la difusión del conocimiento y la capacidad de intolerancia de sociedades avanzadas y, supuestamente, educadas, como las occidentales, actualmente.

El libro en el entramado de saber-poder

Es indudable que el objeto libro (así como las históricas instituciones y servicios bibliotecarios que lo han clasificado–conservado–difundido) ha sido y es un artefacto que, obviamente, ha servido para intercambiar, fijar, conservar y expandir ideas, ha conectado realidades, ha desempeñado y desempeña un papel clave en nuestra civilización, en el desarrollo de la técnica y del espíritu. Pero, como producto social, no ha sido ni es neutro; tampoco su ideación, materialización o su difusión, sino que forma parte de redes y relaciones de poder: el libro ha cumplido otros roles no tan “positivos”. Por ejemplo, ha resultado funcional para construir “la otra” y “el otro”, cuestiones de gran trascendencia histórica abordadas de forma rigurosa tanto por autoras como Simone de Beauvoir y, posteriormente, escritores como E. Said. Es decir, un análisis genealógico–crítico sobre los procesos de producción, reproducción, conservación y transmisión del conocimiento pone en evidencia su dialéctica: la cultura ha supuesto un intere-

sante potencial de emancipación y, también, ha servido para establecer y legitimar la jerarquización, la creación de diferencias sexuales, raciales o sociales en las que se fundamentan y sostienen las civilizaciones que conocemos.

Por ejemplo, somos conscientes de que la capacidad de explicar la realidad ha sido privativa de los varones, de una élite: hasta donde se sabe, media humanidad fue excluida del logos y de la historia, por tanto de la posibilidad de pensar(se) y de aportar interpretaciones sobre la materialidad de la existencia o del espíritu; salvo excepciones, algunas de las cuales Vallejo recoge y recuerda, como Hipatia, Safo o Sulpicia. Realidad silenciada e infravalorada que, por supuesto, no excluye la participación histórica, la aportación y experiencia efectiva del colectivo femenino a la civilización. Una insuficiencia extraordinaria que la historia convencional no constata y cuyas consecuencias seguimos arrastrando actualmente, como autoras como M. Beard ponen de manifiesto. Curiosamente, esa fisura se evidencia, por ejemplo, en aquellos profesiones ejercidas, sobre todo, por mujeres, como es el caso de la organización de bibliotecas o la enseñanza: dos de los primeros empleos a los que pudo acceder el colectivo femenino (amén de la enfermería) en la segunda mitad del XIX que (aún) arrastran cierto desprestigio debido, precisamente, al sexo de quienes mayoritariamente las desempeñaron y desempeñan.

La sociología del conocimiento, o más específicamente, el análisis del relato por antonomasia, el histórico, señala que este es resultado de quien controla los resortes del poder: esto viene siendo así desde la narración protagonizada por Ulises a la institucionalización académica de lo que se conoce como historia. Porque sabemos que los poderes desarrollan saberes adecuados para su legitimación y reproducción. A estas alturas comprendemos también que la cultura en

general o la historia, en particular, la han escrito, la escriben, los vencedores (una élite masculina). Y desde los análisis feministas conocemos que las explicaciones que subyacen a la civilización –occidental– conservadas y transmitidas en los artefactos librarios han obviado a la mitad de la humanidad –cuando no, han sido profundamente misóginas– en beneficio del “arquetipo viril” protagonista de la historia, como analizó la historiadora Amparo Moreno. Desafortunadamente, seguimos reproduciendo por diferentes medios la vida de “grandes hombres” del pasado, siempre presentes en los libros, desde las gestas del Gran Alejandro, a las profundas teorías de Aristóteles o el papel de Heródoto como padre de la historia... mientras no constan en los libros o permanecen en la oscuridad figuras femeninas del mismo relieve que sospechamos, en unos casos, o sabemos, en otros, han existido a pesar de muchos obstáculos. En buena medida, las mujeres y su contribución a la proeza civilizatoria, sigue ausente del relato histórico dominante: el que se transmite en el sistema educativo, el que reflejan los *media*, el que se difunde y se acepta como *universal*. Esta cuestión tiene mucha repercusión: porque supone, en contrapartida, que la voz de las mujeres (nuestra voz) ausente de los libros, sin genealogía y referentes poderosos asumidos en el relato social compartido, siga siendo silenciada, o devaluada, en la esfera pública en la actualidad.

Por otra parte, no hay que olvidar que los principios que sostienen la cultura, la civilización encauzados a través de los libros, tienen caras, poliédricas y contradictorias; algunas arrojan un saldo muy negativo para el conjunto humano o para el medio natural: podemos percibir el problema al tomar conciencia de la encrucijada que habitamos y a que nos ha llevado esta civilización patriarcal sustentada en una racionalidad instrumental que tan ineficazmente

ha organizado sus relaciones con la naturaleza, a la que ha expoliado, y con la mitad de la humanidad, a la que ha subordinado. En este sentido, W. Benjamin, a quien referencia Vallejo, en sus tesis sobre la historia explicaba esa dialéctica cuando afirmaba que nunca un documento de cultura es tal sin ser a la vez un documento de barbarie; los vencidos y vencidas se encuentran ausentes de los manuales de historia y por tanto, también, las posibilidades, las potencialidades que albergaban. No puede ser más adecuada esta reflexión para abordar el vacío histórico de nuestro pasado traumático reciente, de forma específica, o de las experiencias y contribuciones de las mujeres en el proceso civilizatorio, de forma general, en el que tanta importancia adquiere el artilugio “libro” como canalizador de las cosmovisiones de los vencedores, de los imaginarios patriarcales.

Humanismo y racionalidad crítica en tiempos de BigData y transhumanismo

Desde la teoría feminista de la sospecha se viene poniendo de manifiesto desde hace décadas la falacia de universalidad del pensamiento hegemónico y al mismo tiempo, la pujanza de algunas categorías que produjo y de las que se hace eco Vallejo en *El infinito...* porque abrigan potencialidad para practicar una crítica del pensamiento: crítica de la razón desde la razón. Parece pertinente, por tanto, seguir luchando por difundir y universalizar, de verdad, los poderosos principios de convivencia que se gestaron hace varios siglos, que aún siguen iluminando horizontes de igualdad, autonomía, justicia social o libertad. En definitiva, resulta prudente no olvidar, como sugiere el texto de Vallejo, la relevancia de la racionalidad crítica como herramienta de análisis para desvelar relaciones de poder que puedan pro-

picar agendas sociales más justas. Por esto, probablemente no sea preciso escupir sobre Hegel, como sugería Carla Lonzi y la *Rivolta Femminile* en 1970, en su vehemente crítica a la cultura patriarcal, en general, y a la dialéctica hegelinana y al materialismo histórico, en particular. Pero sí es conveniente, como afirma Celia Amorós, practicar la sospecha, como principio, sobre las sesgadas verdades transmitidas y heredadas para desarticular un conocimiento parcial presentado, sin embargo, como universal y humano: porque la cultura dominante en nuestras sociedades, tecnocráticas y neoliberales, sustrato legitimador de la jerarquización entre varones y mujeres, continúa siendo eminentemente androcéntrica y justifica, por tanto, el sometimiento y la explotación de la mitad de la humanidad.

Concluimos destacando la capacidad de la autora aragonesa para transmitir al gran público vetas de ideas que nos han venido conformando como humanidad y que, aunque la materialidad histórica las contradice en buena medida, podemos hablar de principios que siguen teniendo capacidad de iluminar convivencias en igualdad; conceptos que los vencidos y vencidas de la historia, por diferentes razones, estimamos, podrían suscribir, esto es: defensa de valores igualitarios y alegato a favor del humanismo. Irene Vallejo expone de forma muy esclarecedora el “valor”, incluso la exigencia, de las humanidades para entendernos como género humano, punto que resulta de gran interés en un momento histórico en el que somos conscientes de que la reflexión, la capacidad crítica y las aspiraciones de libertad de los sujetos y de las sociedades se encuentran bajo la amenaza de ser susituidas por el cálculo algorítmico ; o cuando las propuestas transhumanistas hacen peligrar siglos de pensamiento y de conceptualizaciones capaces de alimentar anhelos de formas de convivir más justas, más humanas.

Referencias bibliográficas

- Amorós, C. (1985). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Anthropos
- Beard, M. (2022). *Mujeres y poder*. Crítica.
- Beauvoir, S. (1981). *El segundo sexo*. Siglo XX.
- Han, B.C. (2015). *Psicopolítica, neoliberalismo y nuevas formas de poder*. Herder.
- Lonzi, C. (2018). *Escupamos sobre Hegel y otros escritos*. Traficantes de Sueños.
- Moreno Sardá, A. (1986). *El arquetipo viril protagonista de la historia. Ejercicios de lectura crítica no androcéntrica*. La Sal.
- Said, E. (2014). *Orientalismo*. De Bolsillo.